

Hará algo más de dos horas.

Iba a los gatos y, al cruzar López de Hoyos, veo a la distancia – mi vista no es una maravilla – algo tirado en el bulevar, en esa especie de cosa parecida a un bulevar que hicieron cuando la obra del túnel; algo que no era bolsa de plástico ni envoltorio informe que, estoy segura, es un cuerpo.

Sigo caminando y es un cuerpo efectivamente.

Estaban siendo algo más de las tres y cuarto de la madrugada.

Me acerco y la escena parecía irreal.

Una mujer francamente guapa, joven pero no demasiado, yo le calculé entre treinta y treinta y cinco, aunque tengo la idea de que soy bastante mala calculando edades.

Tumbada, sobre su lado derecho, dentro del bulevar aunque uno de los pies; el de la pierna derecha – me fijé, y se me quedó grabada la postura porque era bonita, armoniosa, bien dispuesta, como si estuviera posando para una fotografía – sí sobresalía un poco y quedaba sobre el asfalto. Era justo el semáforo, cualquiera que hubiese pasado por allí habría forzosamente tenido que verla.

Tumbada, de perfil, con un pelo rubio que estoy segura era natural, largo, y un gesto perfectamente plácido. Como si estuviera durmiendo en su cama.

Estaba descalza.

Llevaba un pantalón blanco, vaquero; un suéter de color azul verdoso con algo de lentejuelas, no muchas, o pedrería, y los brazos un poco flexionados por delante de la cara.

Dejé sobre el banco de la rotonda la lata de comida para gatos que llevaba abierta y me acuclillé a su lado, mirándola.

Pensé que estaba muerta porque nada en ella se movía, ni siquiera ese leve subir y bajar del cuerpo en una respiración tranquila. Incluso me pareció que en su cara había una muy leve sonrisa.

La miré unos segundos sin saber si debía hablarle en tono normal o alto o si lo que procedía era zarandearla.

Consideré que tocarla no fuese tal vez prudente.

Junto a sus pies había un bolso blanco, abierto.

Pensé la han golpeado para robarle, pero reparé en que lo que

primero se veía dentro del bolso eran unas sandalias de tacón. Si has hurgado en el bolso para hurtar algo no parece muy lógico que las sandalias estén encima de todo, ¿no?

Bueno: me resolví a hablarle.

Sé que la traté de usted. Y que dije señora.

“Señora”, ¿se encuentra mal?, ¿necesita algo?

Abrió entonces unos ojos verdes, bonitos, sorprendidos pero no espantados; entonces es cuando vi que era guapa y no excesivamente joven...

No he dicho que estuve todo el rato, todos los segundos o minutos, pensando que era una broma de alguien; algún programa de televisión de esos que filman cómo reacciona la gente ante tal o cual hecho.

Me miró, sacudió la cabeza, se pasó las manos por la cara y perfectamente risueña dijo creo que estoy bien.

-Pero está tirada en la calle – le dije.

Sonrió y se colocó en la postura en que la encontré; como dispuesta a seguir durmiendo. Pero volvió a abrir los ojos enseguida e hizo un amago, no muy decidido de incorporarse.

-No puede estar tirada en la calle – le dije.

Ella contestó, muy tranquila, no; claro que no.

Y se movió con mucha lentitud.

En ese momento se paró un taxi del que bajó una pareja joven. Mientras el hombre terminaba de cerrar la puerta, ella, una chica ésta sí bastante joven, se acerca y se dirige a la mujer hablándole en inglés. Eso me hizo pensar que se conocían; pero la joven, al yo preguntarle, dijo no, es que íbamos en el taxi, en esa dirección – y señaló la calzada al lado contrario del bulevar – pero al verla aquí caída hemos dicho al taxista que diera la vuelta.

Ah- dije – yo es que, aunque de lejos veo no muy bien, pensé eso nada más puede estar siendo un cuerpo.

El hombre joven parecía un poco malhumorado.

También él le habló en inglés, que si necesitaba algo.

Yo en ningún momento me planteé que no fuera española; pero tampoco me pareció descabellado que le hablasen en inglés porque, ciertamente, sus colores, de pelo y piel y ojos, más parecían de extranjera.

Se había sentado en el suelo, como sobre la arena de la playa; y me di cuenta entonces de que en el pie izquierdo llevaba una venda, más bien algo como una férula que le

cubría el talón pasando sobre el empeine y alrededor del tobillo; era blanca y estaba impecable, como recién puesta.

El joven le dijo dame la mano. Y que si podía ... ah, ella había contestado, antes, que hablaba español, sólo español. Que si podía caminar hasta el banco.

Ella dijo *sí, pero despacio*; y parecía más querer significar, mientras sacaba las sandalias del bolso y alzaba un poco el pie como en gesto de “pero no sé si me la podré poner”, que no la atosigasen que estarse refiriendo a rapidez.

Bueno, ella ya estaba de pie — había agarrado la mano que el hombre le tendía y se había puesto de pie con un casi saltito —, y aunque el hombre joven no parecía encantado de la vida, tres éramos un poquito multitud.

Le pregunté a la joven “¿entonces, ya la ayudáis vosotros”? y, ella dijo, con expresión amable que sí, sí.

Así que recogí mi lata de comida para gatos y seguí mi rumbo.

Luego, al volver a cruzar el bulevar ya de vuelta, el banco estaba vacío y no vi a nadie.

09/09/2007 6:37:11

Mucho más tarde, a medio día cuando me estaba haciendo el zumo de naranja, he recordado que el bolso no estaba tirado, sino perfectamente posado junto a sus pies; era uno de esos bolsos que tienen base de modo que si simplemente se deja ahí, donde sea, se va a quedar colocado; pero si quien lo lleva se cae parece que el impulso de la caída tendría que hacer que se volcara. Pero no: el bolso estaba perfectamente depositado a sus pies, y lo primero que se veía en el interior eran las suelas de las sandalias.

No sé si explicó a la pareja joven qué le había pasado, aunque no parecía muy dispuesta a lanzar ningún discurso — cuando crucé el semáforo ya estaba sentada en uno de los bancos de madera — y si lo que ocurría era, que cabe por qué no, que estaba bajo el efecto de algún tipo de sustancia tendría que estar siendo algo que no se apreciaba ni en ojos enrojecidos, ni facciones abotargadas, ni movimientos torpes y sí sólo quizás un poco lentos. Lo que si me aventuro a asegurar es que no era alcohol.

También pensé, mientras exprimía las naranjas, que la podían haber tirado desde un coche; o sacado del coche y colocado allí, con el bolso a sus pies. Pero lo segundo parece

comprometido para quien lo hubiese hecho, pues aunque había poco tráfico el lugar es muy abierto y cualquiera aun desde lejos podría verlo.

En cuanto a que lo que hicieran fuese tirarla tampoco me parece muy factible porque, por el lado de la calzada en que estaba y el sentido de la marcha habría tenido que caer por el lado del conductor; aunque también podría ser que fuese en la parte de atrás, detrás del conductor, y alguien a su lado la empujase.

De cualquier modo ya no lo puedo saber; pero creo que es algo que se me quedará por tiempo en la memoria porque la escena tenía bastante de... no sé: surrealista...

